

SAN MARTÍN Y LA TRAYECTORIA DEL HÉROE

Homenaje en el aniversario de su fallecimiento

Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube

Monumento al
Gral. San Martín
en Chascomús,
Provincia de
Buenos Aires.

IMAGEN: GUILLERMO MESSINA



Está en el consenso general que ya se ha escrito y dicho todo sobre la excepcional figura del General José de San Martín. Sería muy difícil, acaso imposible, presentarlo en algún aspecto insospechado, inédito: extensas biografías registran su vida con minuciosos pormenores e historias, monumentales por los nutridos documentos, estudian sus acciones militares con las que alcanza la gloria como estratega tenaz, intuitivo y metódico, como conductor de hombres a la victoria y de naciones a la independencia.

Es por eso que en este homenaje que le rendiremos en un nuevo aniversario de su fallecimiento quisiera presentar su vida con un enfoque diferente, comparándola con las trayectorias de los héroes mitológicos –Edipo, Prometeo, Orfeo, Ulises–, ya que también el héroe moderno, sin vivir la aventura al modo maravilloso o mágico, desenvuelve su existencia recurriendo a ciertos mitos o imágenes arquetípicas –vivas en el inconsciente colectivo– que nos vienen desde la más remota antigüedad. Para ello, recordemos las ideas fundamentales acerca de la estructura mítica de esas trayectorias, las cuales se concentran en la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación: separación-iniciación-retorno, que constituyen su unidad nuclear. Esta estructura funciona a modo de correlato de la vida que pasamos a evocar.

Como sabemos, al comienzo de su trayectoria el héroe mitológico abandona –voluntariamente o no– su choza o castillo, es decir, su forma de vida original.

Es atraído, llevado o avanza voluntariamente hacia el umbral de la aventura, donde encuentra peligros que debe superar. Aquí puede triunfar o ser muerto, real o simbólicamente y encuentra la presencia de una o varias sombras que le cuidan al paso. Respecto a este viaje, se puede compartir el juicio de René Guenón, quien dice que las pruebas iniciáticas toman con frecuencia la forma de viajes simbólicos o reales, representando una búsqueda que va de las tinieblas a la luz. Las pruebas y las etapas del viaje son ritos de purificación, a través de un mundo de fuerzas poco familiares y, sin embargo, extrañamente íntimas, algunas de las cuales lo amenazan peligrosamente y otras le dan ayuda mágica. Lo constituyen el “camino de las pruebas”.

El héroe puede derrotar o conciliar estas fuerzas y entrar vivo al reino de la oscuridad, o ser muerto y descender a ese nivel. Cuando llega al “nadir” del periplo mitológico pasa por una prueba suprema y recibe su recompensa, y el triunfo puede ser representado por la unión del héroe con la diosa madre del mundo, el reconocimiento del padre creador, su propia divinización o apoteosis, etc. El trabajo final es el del regreso: si las fuerzas han bendecido al héroe, ahora este se mueve bajo su protección, y si no, huye y es perseguido. En el umbral del retorno, las fuerzas trascendentales deben permanecer atrás, y el héroe vuelve a emerger del reino de la congoja. El bien que trae restaura el mundo.

La aventura aquí descrita corresponde, como se dijo, al héroe mítico, y, en consecuencia, se emparenta con el ideal clásico y tradicional del héroe: aquel personaje, superior al común

El Teniente de Fragata (R) Miguel A. Groube se graduó de Guardiamarina, Escalafón Naval, en diciembre de 1957.

Prestó servicios en buques de la Armada.

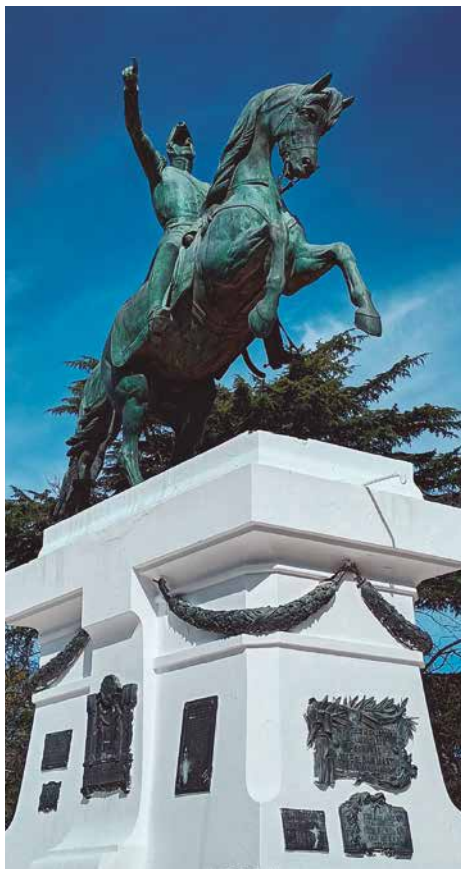
Culminó la carrera de Ingeniero Naval y Mecánico en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires.

Pasó a retiro voluntario en febrero de 1967.

Condujo reparaciones en unidades navales y en flotas privadas.

Ejerció la docencia universitaria como Director Adjunto de la carrera de Ingeniería Naval del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

Cuando San Martín retornó a América, no venía a ensayar: respondió a su llamado interior y vino a desarrollar frontalmente su lucha.



de los mortales, cuya función es liberar a los seres humanos de su condición inferior, de sus infortunios y desgracias. Es un ser poderoso, semidivino, grandioso, y, por lo tanto, su mundo y su aventura pertenecen a esa misma dimensión.

Veamos ahora si lo expresado se cumple durante la vida de nuestro gran iniciado. Su vida entera de setenta y tres años estuvo dedicada al cumplimiento de un mandato superior que comprendió tres etapas: la de la preparación, la de la ejecución y la del reposo, integradas dentro de una trayectoria claramente unificada. En 1784 es el año de la separación del mundo conocido: deja Yapeyú, su cuna, llevado por sus padres. Después de un breve paso por Buenos Aires, comenzó en España su iniciación en un largo peregrinaje que se extendió hasta 1812. Es la etapa de un laborioso aprendizaje, de estudio y de participación en guerras.

A los doce años ya era cadete del regimiento de Murcia: recibió su bautismo de fuego a los catorce años en la plaza de Melilla, presenciando después la orden donde sufrió las profundas emociones que le produjo la

destrucción de esa ciudad. Intervino luego bajo las órdenes de ilustres generales españoles, que fueron las sombras que guiaron y protegieron su paso, en una cantidad de campañas donde cosechó lauros y ascensos por su arrojo y espíritu de sacrificio.

La segunda etapa del viaje iniciático comienza cuando el héroe es llamado por el destino. Debía cruzar el umbral: era el océano Atlántico. Se transfiere su centro de gravedad espiritual del seno de la sociedad española, que le era profundamente conocida, a una zona desconocida, donde debió superar los laberintos que se le impusieron para lograr la perfección, es decir, buscar el éxito de la lucha esencial de su vida.

Los estudiosos del tema han coincidido en que, sin llamado y posterior abandono de la vida anterior, difícilmente pueda presentarse la estructura mítica de la aventura. Como ejemplo, recordemos el accionar de Teseo cuando llega a la ciudad de su padre, Atenas, y escucha la horrible historia del Minotauro e inicia su viaje a Creta para luchar con él.

Cuando San Martín retornó a América, no venía a ensayar: respondió a su llamado interior y vino a desarrollar frontalmente su lucha. Esta etapa está magistralmente dividida por la providencia, que le marcó con precisión los días de esa epopeya de diez años. De 1813 a 1817 estuvo consagrado a lo que sería la República Argentina. Recibió aquí la ayuda de sombras protectoras, como la de Pueyrredón, y el ataque de otras muchas que se la pusieron difícil. Desde 1817 a 1820 trajinó por Chile, y desde 1820 a 1823 terminó esa etapa, creando el Perú libre. Su genio solitario utilizó tres años en cada una de esas tareas que, por su magnitud, habrían agotado los esfuerzos de una cantidad de mortales, aun cuando estuvieran provistos de espíritus poderosos e incansables.

Concluida la última jornada, terminando el coloniaje político y la guerra, cruzó nuevamente el umbral para el retorno y se retiró al descanso que le precedería a su apoteosis, como héroe que había cumplido una trayectoria mitológica. No podemos ignorar que lo expresado no hace sentir también que San Martín trasciende hacia una ciudadanía de carácter universal. Si la patria es la cuna, fue argentino, porque vio la luz en nuestra tierra y la liberó a pesar de que muchos no lo comprendieron. Si la patria es la gloria, San Martín fue chileno, porque en la campaña de los Andes alcanzó una de las más grandes victorias de la lucha sudamericana, y si otorgar la libertad, la ley y la organización civil son también la patria, San Martín fue peruano, porque le dio su primer gobierno nacional.



También representó el espíritu heroico y liberal de la España ancestral del mio Cid, porque ese fue el ámbito donde formó su intelecto, forjó su carácter y desarrolló los ritos iniciáticos de su viaje arquetípico.

Como se ha visto, la vida de nuestro héroe, al ser comparada con las vigorosas narraciones de los griegos o las majestuosas leyendas de la Biblia, sigue el modelo de la trayectoria mítica descrita al comienzo de estas palabras: es decir, una separación o especie de muerte con respecto al mundo original, el viaje iniciático que le permitió la penetración a una fuente de poder que le transfirió su experiencia en un regreso o renacer a la vida, engrandecido y lleno de fuerza creadora para desarrollar su lucha e imponer el mensaje creador y transformador que es la razón de su vida.

Los griegos referían la existencia del fuego al primer soporte de la cultura humana, a las hazañas trascendentales de su Prometeo; y los romanos, la fundación de su ciudad, centro del mundo, a Eneas, después de su partida de la Troya derrotada, a través de su visita al pavoroso mundo inferior de los muertos. Para nosotros, tres países del cono sur de América deben a San Martín ser naciones.

El habernos ocupado de seguir a nuestro héroe desde el punto de vista de las etapas clásicas de las grandes aventuras universales nos ayudará a percibir no solo el significado de su impacto en la vida de su época y la contemporánea, sino también la unicidad de los grandes espíritus humanos en sus aspiraciones, poderes, vicisitudes y sabiduría. ■

La vida de nuestro héroe, al ser comparada con las vigorosas narraciones de los griegos o las majestuosas leyendas de la Biblia, sigue el modelo de la trayectoria mítica...